

La Misa del Domingo

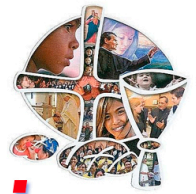
Domingo 4º de Cuaresma 11 de marzo de 2018

Subrayados de la Palabra

- **1ª lectura (2 Cro 36,14-16.19-23):** «En el año primero de Ciro, rey de Persia, en cumplimiento de la palabra del Señor, por boca de Jeremías, movió el Señor el espíritu de Ciro, rey de Persia, que mandó publicar de palabra y por escrito en todo su reino: "Así habla Ciro, rey de Persia: "El Señor, el Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra. Él me ha encargado que le edifique una casa en Jerusalén, en Judá. Quien de entre vosotros pertenezca a su pueblo, ¡sea su Dios con él, y suba!"».
- **2ª lectura (Ef 2,4-10):** «Hermanos: Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho vivir con Cristo -por pura gracia estáis salvados-, nos ha resucitado con Cristo Jesús y nos ha sentado en el cielo con él».
- **Evangelio (Jn 3,14-21):** «En aquel tiempo, dijo Jesús a Nicodemo: "Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna. Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna».

Ecós de la Palabra para jóvenes y comunidades

- En el fragmento del Libro de las Crónicas está ampliado lo que es un esquema penitencial, además de ofrecernos un claro ejemplo de una lectura de los acontecimientos hecha desde Dios. Lo que el autor de las Crónicas tiene ante sus ojos es el destierro, esa situación en la que el pueblo ha llegado a punto muerto de no esperanza, de no salvación, si no se da una verdadera conversión del corazón que parte del reconocimiento del propio pecado y una voluntad explícita de volver al Señor.
- El poder que Dios ha mostrado resucitando a Jesús de entre los muertos es el que nos muestra a nosotros cuando nos perdona y nos ofrece una vida nueva de gracia. Esto es lo más impresionante de esta teología bautismal que se respira en esta lectura de hoy, Dios perdona siempre, no importa tanto nuestra situación de caída cuanto la actitud para salir de ella.



La Misa del Domingo

- Dios no lleva al destierro ni condena. Dios, por medio de su Hijo que los hombres hemos “elevado” a la cruz, nos salva y seguirá salvando siempre. Incluso el juicio de la historia consiste en aceptar este mensaje de gracia y de amor. El juicio no está en que al final se nos declare buenos o perversos, sino en aceptar la vida y la luz donde está: en Jesús.

Proyecto de homilía

Toda la Cuaresma converge en el Crucificado, en la Pascua. Él es el signo que el Padre levanta en medio del desierto de este mundo. Y se trata de mirarle a Él con fe, con una mirada contemplativa y con un corazón contrito y humillado. Es el Crucificado quien salva. El que cree en Él tiene vida eterna y nos descubre el infinito amor de Dios, ese amor asombroso, desconcertante.

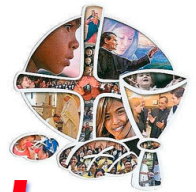
«La serpiente en el desierto» no podía curar ni dar vida, pero cuando los israelitas pecadores la miraban creían en Aquel que había ordenado a Moisés que la hiciera, y Él los curaba. Lo mismo que los israelitas al mirar la serpiente de bronce quedaban curados de las consecuencias de su pecado (Núm 21,4-9), así también nosotros hemos de mirar a Cristo levantado en la cruz. Estas últimas semanas de cuaresma son ante todo para mirar abundantemente al crucificado con actitud de fe contemplativa: «Mirarán al que traspasaron». Sólo salva la cruz de Cristo (Gál 6,14) y sólo contemplándola con fe podremos descubrir y experimentar la misericordia de Dios, que con su perdón nos limpia de nuestros pecados.

«El que cree en Él no será condenado». La Redención tiene su fuente en el amor de Dios a los hombres, y la realiza el Hijo entregando su vida: su finalidad es salvarnos, pero nosotros podemos permanecer en la oscuridad y no creer en el Hijo.

«Tanto amó». Si algo debemos creer profundamente es ese «tanto», esa desmesura del amor del Padre dándonos a su Hijo y del amor de Cristo entregándose por nosotros hasta el extremo. La contemplación de la cruz tiene que llevar a contemplar el amor que está escondido tras ella, e infunde la seguridad de saberse amados: «Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?» (Rom 8,31-35).

«Tanto amó... al mundo». “El mundo”, en los escritos de san Juan, es palabra polivalente: puede significar “el universo” (lo que un judío llamaría “el cielo y la tierra”), o “la humanidad”, el género humano; y este segundo significado se desdobra en dos: el conjunto de todos los seres humanos, objeto del amor salvador de Dios (así es en este pasaje) o “el mundo malo”, es decir, los seres humanos que, como seres libres, rechazan creer en Jesús, revelador del Padre. Gracias a este amor de Dios a la humanidad, más fuerte que el pecado y que la muerte, el mundo tiene remedio, todo hombre puede tener esperanza, en cualquier situación en la que se encuentre, por lejos que se crea de Dios.

Este amor es el que hace proclamar a Pablo que, a pesar de estar muerto, Dios por pura gracia nos ha salvado. Estando muertos por los pecados, Dios nos ha hecho vivir, nos ha salvado por pura gracia. Es



La Misa del Domingo

este amor gratuito, inmerecido, el que explica la cruz. Este amor es el que nos ha salvado, sacándonos literalmente de la muerte. Nos ha resucitado. Ha hecho de nosotros criaturas nuevas. Este es el amor que se vuelca sobre nosotros en esta Cuaresma.

A la luz de tanto amor y misericordia entendemos mejor el significado y la dimensión de nuestros pecados, que nos han llevado a la muerte y al desierto, como al pueblo de Israel. Entendemos que las expresiones de la primera lectura no son exageradas y se aplican también a nosotros: hemos multiplicado infidelidades, hemos imitado las costumbres de los gentiles, hemos manchado la casa del Señor, nos hemos burlado de los mensajeros de Dios y hemos despreciado sus palabras...

Que Dios sea rico en misericordia no significa que nuestros pecados no tengan importancia. Significa que su amor es tan potente que es capaz de rehacer lo destruido, de crear de nuevo lo que estaba muerto. La conversión a la que la cuaresma nos invita es una llamada a asomarnos al abismo de nuestro pecado y al abismo divino del amor misericordioso de Cristo y del Padre. Cuando el hombre se acerca a la Verdad de Dios por el camino de Cristo, además de encontrarse con «el Verdadero», se encuentra a sí mismo de verdad.

José Luis Guzón, sdb